

#1 - febrero 2007

deseo

REVISTA BREVE PARA ENCONTRAR PLACER



Pablo Sánchez
Julio Santiago
Oscar Martín Centeno
Rocío Peñalta
Marc García Arnau
Luz Pichel
Pepe Ramos
Aurora Pintado



Lo importante ha seguido siendo la aventura de la carne, la humilde normalidad del amor entre dos solos. Y entregados. La búsqueda final de una hora feliz en la que no sea sino la comprensión de una mano o de un aliento para conocerse.

Esa realidad cualquiera de un espacio hecho de palabras, de gestos, de una mirada cómplice o de una buena contestación que van justificando la vida para no dejarla sólo responder a lo más bajo y vulgar.

Quiero decir.

No frente al espejo sino en la verdad con otros.

Decir siempre y decir alto. ■

[Del libro *Neruda desnuda*
Ediciones Vitruvio]



He habitado
hombres y mujeres
en dilatados fines de semana
que comenzaban en lunes
y terminaban en lunes.
He invernado
en las cálidas vaginas de ellos
y me he embriagado de fresa y nata
en los generosos falos de ellas.
Los arcos de los triunfos humanos
me saben a la misma miseria,
a leche cortada en las ubres
de una loba enferma.
No hay diferencias
entre la teta de un cielo
y la luna de un infierno,
poseen la misma redondez,
la misma luz,
la misma cara, la misma belleza hiriente...
No existen glúteos con sexo
en los cuerpos que deseo,
las lenguas de las mariposas
liban de igual forma
en el orificio de cada sueño.

Escucho arder
el viento
Oscar Martín
Centeno

Escucho arder el viento en mis oídos
y sé que está prendiéndose un incendio
que a través de la noche el corazón
devora brasas y se pierde al borde
de un tiempo que se agota, y yo me quedo
viendo el crepitar del alma.

Cuando todo mi mundo esté arrasado
sólo las ruinas llevarán tu nombre,
sólo las piedras te recordarán.

Y yo me quedaré por fin tranquilo,
sin pena y sin memoria, y la ciudad
que recoge mi insomnio irá bebiendo
esta lluvia desnuda que es mi carne
hasta borrar el rastro de tu piel.
Qué extraño será todo. Qué distinto.
Un mundo donde el aire sea aire
y no el aliento que te va soñando
sobre el cuchillo de una voz callada.

Pienso en el ritmo roto de mi vida,
en el hombre que te busca
por las calles nocturnas del lenguaje.
Y sé que tu presencia le dio forma
al latir de mis manos y mis huesos,
aunque después, como una diosa incierta,
dejarás caer sal sobre mis ojos
y yodo en mis heridas, abrasándome,
para curar a fuego nuestro amor.

[Del libro *Espejos enfrentados*
Ediciones Rialp
Premio Florentino Pérez-Embidi 2006]

Producto
garantizado
Rocío
Peñalta



La vida en las sociedades modernas carga a los individuos de estrés y preocupaciones. Trabajo, estudios, relaciones sociales, familia, hipotecas, desempleo,... ocupan demasiado espacio en nuestras vidas como para complicarnos en otros asuntos que supongan un consumo de energía excesivo. No es de extrañar, por esta misma razón, que busquemos actividades sencillas en las que invertir nuestros escasos momentos de ocio, ocupaciones que requieran poca concentración y esfuerzo.

Es por eso por lo que, ante la posibilidad de adquirir un producto o disfrutar de un servicio, esperamos que ofrezca unos requisitos mínimos que nos garanticen un rendimiento adecuado, a fin de evitar molestias o trastornos innecesarios.

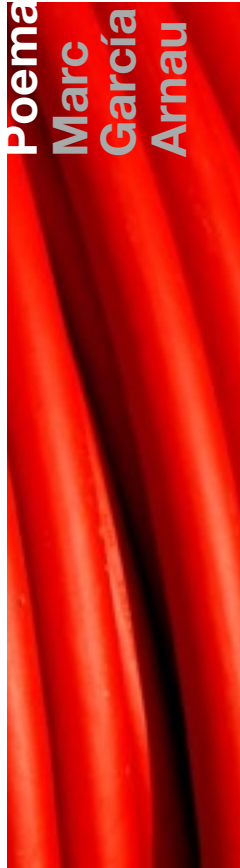
No me parece desmesurado exigir un cumplimiento mínimo de lo estipulado en el contrato; aun así, no lo solicito. No pido que me garanticen que durante (pongamos) dos años funcionará como el primer día, aunque incluso las lavadoras ofrecen un periodo más amplio de garantía. No quiero que consuma poca energía, ni que su manejo sea sencillo. Que no ensucie; que sea silencioso y discreto; que no resulte potencialmente peligroso para los usuarios... no es imprescindible. No necesito disponer de un teléfono de atención técnica que funcione 24 horas al día los 365 días del año (366 en año bisiesto), ni de un servicio gratuito de reparaciones. No busco la mejor oferta, el precio más competitivo.

No quiero que me lo cambien por otro producto en caso de que no cumpla mis expectativas o si no funciona según lo esperado. Tampoco pretendo que me devuelvan la diferencia si lo encuentro más barato en otro establecimiento. No pretendo que incluya regalos o que venga acompañado de un manual de instrucciones de docientos páginas o que esté asegurado a todo riesgo.

No aspiro a que combine con las cortinas o la tapicería del sofá ni que huela a lavanda. Mucho menos que sea 100% reciclable y que respete el medio ambiente; que no contenga CFC o gluten, que sea apto para diabéticos y vegetarianos. No espero que cubra perfectamente mis necesidades o que se adapte a mi capacidad intelectual. No necesito que resuelva ecuaciones de tercer grado, que sepa reparar cualquier instalación eléctrica o cambiar las bujías del coche. No quiero que limpie el polvo ni que haga la colada o que vaya al supermercado en mi lugar.

No es preciso que me traiga el desayuno a la cama, que me dedique frases románticas o que nunca se olvide del cumpleaños de mi madre. No pido que sepa recitar poesía, citar a autores célebres o hablar quince idiomas.

Sólo pido que me aseguren que me hará un poquito más feliz... tal vez así me decida a enamorarme. ■



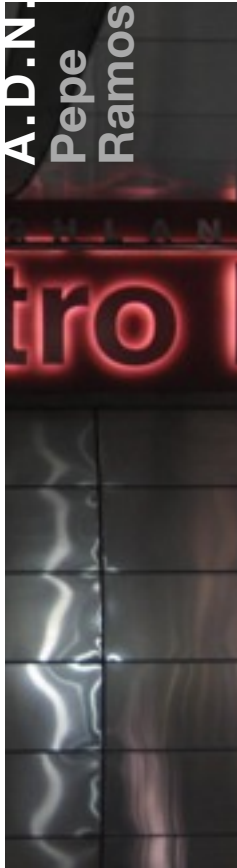
Un banco justo puesto al pie de una farola,
un coro polifónico de rana negras,
una gran maza golpeando mi cerebro
y mis ideas bailando el “Qué cosa fuera...”.
El aire dividido de nuestro último beso
en un rincón de mi pulmón lo tengo preso
junto con esta sensación de que los versos
me caen empaquetados ya desde la boca.
Te abandono por la contra-simetría
y otras materias de la lógica borrosa,
aunque regreso fiel y autocontradictorio
al dulce vértice de tu negra V invertida.
Salgo a escribirle
al hueco cóncavo del arco de tu espalda,
a tu varita de inocencia que me hechiza,
a tus palabras que descosen cicatrices,
a mi adicción por el licor de tus abrazos.
Mido en un cazo hondo el calor tu visita,
mi soledad la cruza ya el puente de mayo,
la carne me vuelve a doler porque está viva
y el corazón ya no me late, me da hachazos.



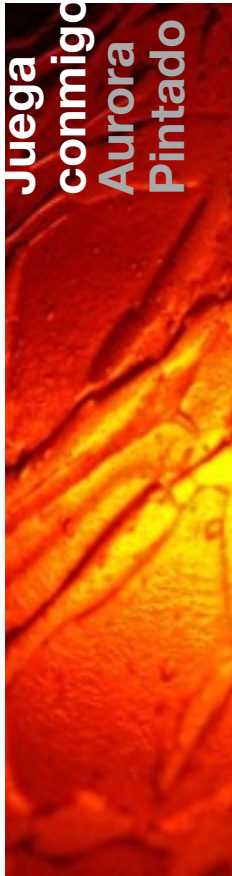
Coso el botón
con el hilo que arranco
del duelo,
con el hilo de sal del susto
en tus ojos
con la seda del grito
en la herida.

Trenzo mi abrazo con el hilo de luz de tu pelo,
con la cuerda que tira de la cometa hacia la nube,
del pájaro a su canto
de la paloma al centro de la sala de baile
del pedazo de pan al corazón de la paloma.

¡Ese tango, mi amor!
la espalda erguida, erguida,
por encima del miedo.



La más nociva y curiosa especie
es el ser humano.
Extermina
o
canoniza
con idéntica pericia.
Su casta domésticamente salvaje
le impulsa a matar.
Repta
e
intenta
a la vez despegar
y perpetuarse en un más allá.
No se cree animal
y aspira
a
ser dios
ya que humano no es.
Se reproduce por ganas de joder.



Mi hermano Alfredo y yo siempre hemos jugado a ser lo que seríamos de mayores. Hemos pasado por muchas fases, y es normal, porque no hay más chicos con los que relacionarnos en el case-rón o sus contornos.

Al principio, nos hacía ilusión ser científicos. Células, mitocondrias, virus... Nuestros padres nos regalaron un juego con un microscopio, que tenía aumento suficiente como para ver las esca-mas de los cabellos y los ácaros del polvo. El cris-tal de las gafas de Alfredo chocaba con el visor del microscopio y nos hacía reír. Papá se enfadaba.

Luego, soñamos convertirnos en valientes pilotos de combate salvadores de la patria, surcando los cielos a bordo de sendos Cessna. Y abríamos los brazos al correr entre los rosales y girábamos sobre nosotros mismos hasta que perdíamos el equilibrio. Alfredo hacía el ruido de las bombas y yo el de las ametralladoras. Mamá nos repetía una y otra vez que éramos su tortura y no sé qué de la maldición de la familia.

Más tarde nos decidimos a hacernos periodistas, intrépidos y llenos de recursos para salir de cada situación comprometida que nos surgiera al per-seguir la verdad. A mí me gustaba tomar notas de todo y Alfredo grababa las conversaciones más insospechadas escondiendo un cassette

Fisher Price. Así descubrimos lo de las pastillas de mamá o lo de papá y esa chica que venía a limpiar, aquella que no paró de gritar que no quería y que por favor parara y la dejara irse. La que se quedó al final tendida en el suelo con la mirada perdida.

También quisimos ser hábiles cirujanos. Reuni-mos los útiles de quirófano entre la cubertería de plata, el botiquín del cuarto de baño azul y el costurero de la abuela. Nos escondíamos en la casucha de las herramientas para hacer nuestras operaciones. Un corte aquí, pinzas, haga presión allá, detenga rápido esa vía de sangre, esto ya está, sutura por favor. Y la chica, con las sema-nas, cada vez estaba más blanda y, aunque vi-driosa, seguía con la mirada perdida.

Puedo compartir mis secretos con Alfredo. Pue-do confiar en él. ¿Quién mejor que mi hermano? Aunque mis padres se obstinan en que soy hijo único y lo he sido siempre. Imbéciles.

Pero creo que ya tenemos decidido lo próximo a lo que vamos a jugar. ■



Madrid, febrero de 2007

Diseño y coordinación:
Aurora Pintado

Colaboraciones y consultas a
deseoliterario@gmail.com

Agradecimientos:

A los autores que han colaborado. A los que no han colaborado todavía pero lo harán en próximas ediciones. Al Ponente, que no aparece en este número pero ha prometido aparecer en el siguiente. A Apple España, por sus herramientas gráficas y la calurosa acogida que hace a todo el dinero que les dono. A Snow Patrol, por ponerle banda sonora a la elaboración de esto. A Cercanías Renfe, por dar un escenario singular al nacimiento de la idea. Al municipio de Alcobendas, por estar tan lejos de mi casa.

deseo